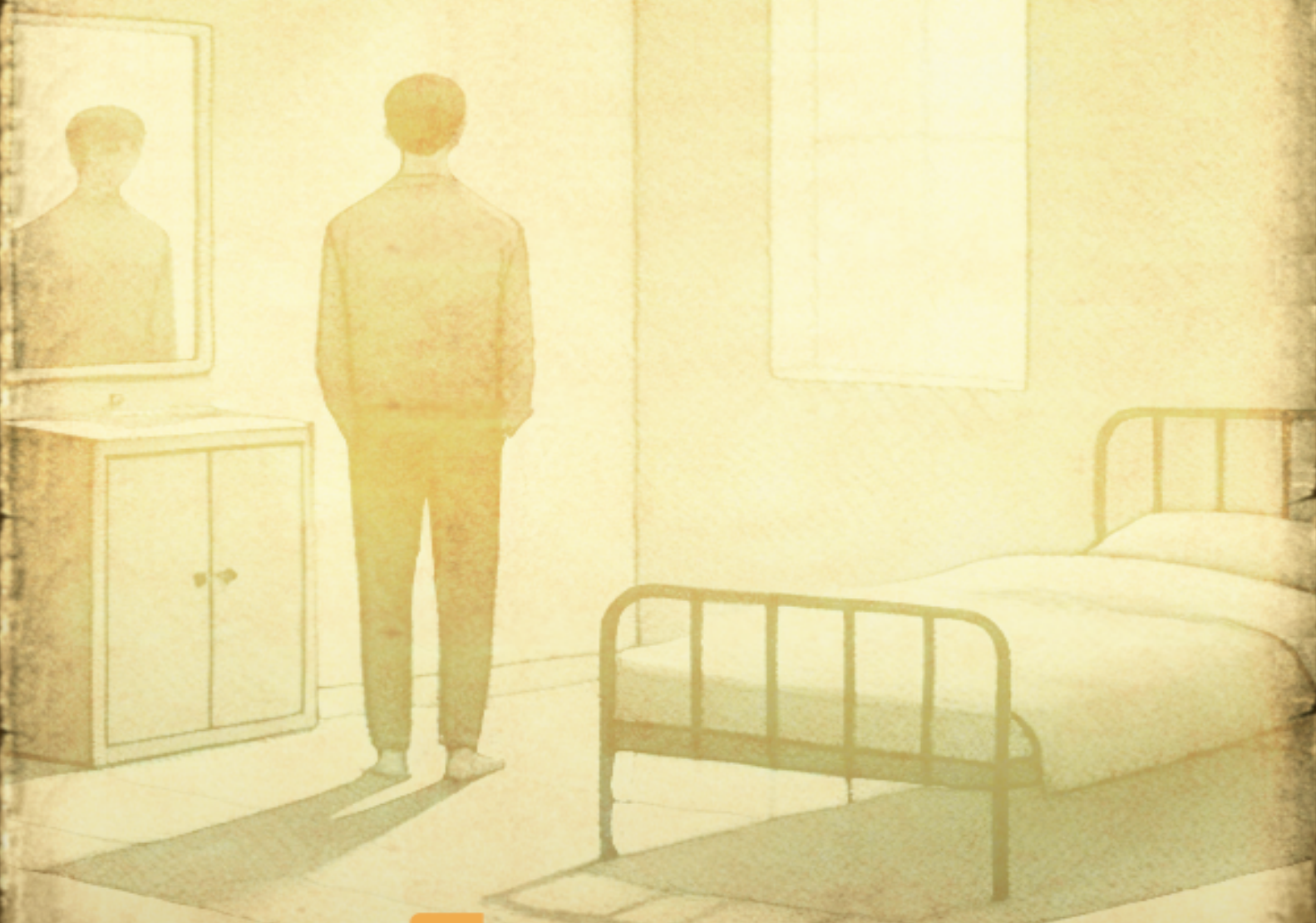


O. Henry

La Habitación Amueblada



E LEJANDRIA

O. Henry

La Habitación Amueblada



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA HABITACIÓN AMUEBLADA

O. HENRY

PUBLICADO: 1906
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
EDICIÓN: A. L. BURT COMPANY, NEW YORK
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA HABITACIÓN AMUEBLADA

O. HENRY

Inquieta, cambiante, fugaz como el tiempo mismo es cierta gran masa de la población del distrito de ladrillos rojos del bajo West Side. Sin hogar, tienen cien hogares. Vagan de habitación amueblada en habitación amueblada, siempre transitorios—transitorios en morada, transitorios en corazón y mente. Cantan "Hogar, dulce hogar" en ragtime; llevan sus lares y penates en una sombrerera; su vid se enrosca alrededor de un sombrero adornado; una planta de caucho es su higuera.

Por lo tanto, las casas de este distrito, habiendo tenido mil habitantes, deberían tener mil historias que contar, en su mayoría aburridas, sin duda; pero sería extraño si no se pudiera encontrar uno o dos fantasmas tras estos huéspedes errantes.

Una noche, después del anochecer, un joven merodeaba entre estas desmoronadas mansiones rojas, tocando sus timbres. En la duodécima casa, descansó su ligero equipaje de mano sobre el escalón y limpió el polvo de la cinta de su sombrero y su frente. El timbre sonó débil y lejano en alguna profundidad remota y hueca.

A la puerta de esta, la duodécima casa cuyo timbre había tocado, llegó una ama de llaves que le hizo pensar en un gusano malsano y

harto que había comido su nuez hasta dejarla como una cáscara hueca y ahora buscaba llenar el vacío con inquilinos comestibles.

Preguntó si había una habitación para alquilar.

—Entre —dijo el ama de llaves. Su voz provenía de su garganta; su garganta parecía revestida de pelusa—. Tengo el tercer piso trasero, vacío desde hace una semana. ¿Le gustaría verlo?

El joven la siguió escaleras arriba. Una luz tenue de ninguna fuente en particular mitigaba las sombras de los pasillos. Pisaban sin hacer ruido sobre una alfombra de escalera que su propio telar habría renegado. Parecía haberse vuelto vegetal; haberse degenerado en ese aire húmedo y sin sol en líquenes exuberantes o musgo que crecía en parches en la escalera y era viscoso bajo el pie como materia orgánica. En cada giro de las escaleras había nichos vacíos en la pared. Quizás alguna vez se colocaron plantas en ellos. Si fue así, habían muerto en ese aire fétido y contaminado. Puede que estatuas de santos hayan estado allí, pero no era difícil concebir que trasgos y demonios las habían arrastrado en la oscuridad hacia las profundidades impías de algún sótano amueblado abajo.

—Esta es la habitación —dijo el ama de llaves, desde su garganta peluda—. Es una buena habitación. No suele estar vacía. Tuve gente muy elegante en ella el verano pasado; ningún problema y pagaban por adelantado al minuto. El agua está al final del pasillo. Sprowls y Mooney la tuvieron tres meses. Hacían un número de vodevil. La señorita B'retta Sprowls, puede que haya oído de ella... Oh, esos eran solo nombres artísticos; justo ahí sobre el tocador colgaba el certificado de matrimonio, enmarcado. El gas está aquí, y verá que hay mucho espacio en el armario. Es una habitación que a todos les gusta. Nunca permanece desocupada por mucho tiempo.

—¿Tiene mucha gente de teatro alojándose aquí? —preguntó el joven.

—Vienen y van. Una buena proporción de mis inquilinos está conectada con los teatros. Sí, señor, este es el distrito teatral. La

gente del espectáculo nunca se queda mucho en ningún lugar. Recibo mi parte. Sí, vienen y van.

Alquiló la habitación, pagando una semana por adelantado. Estaba cansado, dijo, y tomaría posesión de inmediato. Contó el dinero. La habitación había sido preparada, dijo ella, incluso con toallas y agua. Mientras el ama de llaves se alejaba, él hizo, por milésima vez, la pregunta que llevaba en la punta de la lengua.

—Una joven, la señorita Vashner, la señorita Eloise Vashner, ¿recuerda a alguien así entre sus inquilinos? Probablemente estaría cantando en el escenario. Una chica hermosa, de estatura media y esbelta, con cabello rojizo dorado y un lunar oscuro cerca de su ceja izquierda.

—No, no recuerdo el nombre. Esa gente del espectáculo tiene nombres que cambian tan a menudo como sus habitaciones. Vienen y van. No, no recuerdo a esa.

No. Siempre no. Cinco meses de interrogatorios sin cesar y el inevitable negativo. Tanto tiempo pasado de día preguntando a directores, agentes, escuelas y coros; de noche entre las audiencias de teatros, desde elencos estelares hasta salas de música tan bajas que temía encontrar lo que más esperaba. Él, que la había amado más, había intentado encontrarla. Estaba seguro de que desde su desaparición de casa, esta gran ciudad rodeada de agua la albergaba en algún lugar, pero era como una monstruosa arena movediza, cambiando sus partículas constantemente, sin fundamento, sus granos superiores de hoy enterrados mañana en lodo y fango.

La habitación amueblada recibió a su último huésped con un primer resplandor de pseudo hospitalidad, una bienvenida febril, demacrada, rutinaria, como la sonrisa especiosa de una cortesana. El engañoso confort venía en destellos reflejados de los muebles decaídos, la tapicería de brocado raído de un sofá y dos sillas, un espejo barato de un pie de ancho entre las dos ventanas, de uno o dos marcos de cuadros dorados y una cama de latón en un rincón.

El huésped se reclinó, inerte, sobre una silla, mientras la habitación, confusa en el habla como si fuera un apartamento en Babel, intentaba hablarle de su diversa clientela.

Una alfombra policromada como una isla tropical rectangular y de brillantes flores yacía rodeada por un ondulante mar de estera sucia. En la pared de papel pintado alegre estaban esos cuadros que persiguen al sin hogar de casa en casa: "Los amantes hugonotes", "La primera pelea", "El desayuno de bodas", "Psique en la fuente". El contorno castamente severo de la repisa de la chimenea estaba velado sin gloria detrás de alguna drapería descarada, colocada de forma chabacana, como las bandas del ballet amazónico. Sobre ella había algún desolado flotador arrojado a un lado por los naufragos de la habitación cuando una vela afortunada los había llevado a un nuevo puerto: un jarrón trivial o dos, fotos de actrices, una botella de medicina, algunas cartas sueltas de una baraja.

Una por una, como los caracteres de un criptograma se vuelven explícitos, los pequeños signos dejados por la procesión de huéspedes de la habitación amueblada desarrollaron un significado. El espacio raído en la alfombra frente al tocador contaba que una mujer encantadora había marchado entre la multitud. Pequeñas huellas dactilares en la pared hablaban de pequeños prisioneros tratando de encontrar su camino hacia el sol y el aire. Una mancha salpicada, irradiando como la sombra de una bomba estallando, testificaba dónde un vaso o botella arrojados se habían hecho añicos con su contenido contra la pared. A través del espejo se había garabateado con un diamante, en letras tambaleantes, el nombre "Marie". Parecía que la sucesión de habitantes en la habitación amueblada se había vuelto en furia—quizás tentados más allá de la tolerancia por su frialdad chillona—y habían descargado sobre ella sus pasiones. Los muebles estaban astillados y magullados; el sofá, deformado por resortes reventados, parecía un horrible monstruo que había sido asesinado durante el estrés de alguna grotesca convulsión. Algún cataclismo más potente había hendido una gran tajada de la repisa de mármol. Cada tablón del suelo poseía su particular crujido y chirrido, como de una agonía separada e

individual. Parecía increíble que toda esta malicia y daño hubieran sido infligidos a la habitación por aquellos que la habían llamado por un tiempo su hogar; y sin embargo, pudo haber sido el instinto de hogar defraudado que sobrevivía a ciegas, la rabia resentida hacia los falsos dioses domésticos lo que había encendido su ira. Una choza que es nuestra propia podemos barrer y adornar y apreciar.

El joven inquilino en la silla permitió que estos pensamientos desfilaran, con pasos suaves, por su mente, mientras llegaban a la habitación sonidos y olores amueblados. Escuchó en una habitación una risa tonta e incontinente; en otras, el monólogo de una regañona, el traqueteo de dados, una canción de cuna y un llanto apagado; sobre él, un banjo tintineaba con espíritu. Las puertas se cerraban de golpe en algún lugar; los trenes elevados rugían intermitentemente; un gato maullaba miserablemente sobre una valla trasera. Y respiraba el aliento de la casa, un sabor húmedo más que un olor, un efluvio frío y mohoso como de bóvedas subterráneas mezclado con las exhalaciones hediondas de linóleo y madera mohosa y podrida.

Entonces, de repente, mientras descansaba allí, la habitación se llenó con el olor fuerte y dulce de mignonette. Llegó como en un solo golpe de viento con tal certeza, fragancia y énfasis que casi parecía un visitante vivo. Y el hombre gritó en voz alta:

—¿Qué, querida? —como si hubiera sido llamado, y saltó y se dio la vuelta. El rico aroma se aferró a él y lo envolvió. Extendió sus brazos hacia él, todos sus sentidos por el momento confundidos y entremezclados. ¿Cómo podía uno ser llamado perentoriamente por un olor? Seguramente debió haber sido un sonido. Pero, ¿no fue el sonido lo que lo había tocado, lo que lo había acariciado?

—Ella ha estado en esta habitación —gritó, y se lanzó a arrancarle una señal, pues sabía que reconocería la cosa más pequeña que le hubiera pertenecido o que ella hubiera tocado. Este aroma envolvente de mignonette, el olor que ella había amado y hecho suyo, ¿de dónde venía?

La habitación había sido preparada con descuido. Esparcidos sobre el frágil pañuelo del tocador había media docena de horquillas, esos discretos e indistinguibles amigos de la mujer, femeninos en género, infinitos en humor e incommunicativos en tiempo. Estos los ignoró, consciente de su triunfante falta de identidad. Registrando los cajones del tocador, encontró un pequeño y raído pañuelo desechado. Lo presionó contra su rostro. Estaba cargado y atrevido con heliotropo; lo arrojó al suelo. En otro cajón encontró botones sueltos, un programa de teatro, una tarjeta de prestamista, dos malvaviscos perdidos, un libro sobre la adivinación de sueños. En el último había un lazo de satén negro para el cabello de mujer, que lo detuvo, suspendido entre hielo y fuego. Pero el lazo de satén negro para el cabello también es el adorno recatado, impersonal y común de la feminidad, y no cuenta historias.

Y entonces recorrió la habitación como un sabueso en el rastro, rozando las paredes, considerando las esquinas de la estera abultada en sus manos y rodillas, hurgando en la repisa y las mesas, las cortinas y colgaduras, el armario borracho en la esquina, en busca de una señal visible, incapaz de percibir que ella estaba allí al lado, alrededor, contra, dentro, encima de él, aferrándose a él, cortejándolo, llamándolo tan intensamente a través de los sentidos más finos que incluso sus sentidos más burdos se volvieron conscientes de la llamada. Una vez más respondió en voz alta:

—¡Sí, querida! —y se volvió, con ojos salvajes, para mirar al vacío, pues aún no podía discernir forma y color y amor y brazos extendidos en el olor del mignonette. ¡Oh, Dios! ¿De dónde ese olor, y desde cuándo los olores tienen voz para llamar? Así buscaba a tientas.

Escarbó en hendiduras y rincones, y encontró corchos y cigarrillos. Estos los pasó con desprecio pasivo. Pero una vez encontró en un pliegue de la estera un cigarro medio fumado, y lo aplastó bajo su talón con un juramento amargo y mordaz. Revisó la habitación de un extremo a otro. Encontró tristes e innobles pequeños registros de muchos inquilinos itinerantes; pero de ella a quien buscaba, y que

pudo haber habitado allí, y cuyo espíritu parecía flotar allí, no encontró rastro.

Y entonces pensó en el ama de llaves.

Corrió desde la habitación embrujada escaleras abajo hasta una puerta que mostraba una rendija de luz. Ella salió a su llamado. Contuvo su emoción lo mejor que pudo.

—¿Podría decirme, señora —le suplicó—, quién ocupaba la habitación que tengo antes de que yo llegara?

—Sí, señor. Puedo decírselo de nuevo. Fueron Sprowls y Mooney, como le dije. La señorita B'retta Sprowls era en los teatros, pero la señora Mooney era. Mi casa es bien conocida por su respetabilidad. El certificado de matrimonio colgaba, enmarcado, en un clavo sobre...

—¿Qué clase de dama era la señorita Sprowls, en cuanto a apariencia, quiero decir?

—Bueno, de cabello negro, señor, baja y rechoncha, con una cara cómica. Se fueron hace una semana el martes.

—¿Y antes de que ellos la ocuparan?

—Bueno, hubo un caballero soltero conectado con el negocio de mudanzas. Se fue debiéndome una semana. Antes de él estuvo la señora Crowder y sus dos hijos, que se quedaron cuatro meses; y antes de ellos estuvo el viejo señor Doyle, cuyos hijos pagaban por él. Mantuvo la habitación seis meses. Eso nos lleva un año atrás, señor, y más allá no recuerdo.

Le dio las gracias y regresó arrastrándose a su habitación. La habitación estaba muerta. La esencia que la había vivificado se había ido. El perfume de mignonette había desaparecido. En su lugar estaba el viejo y rancio olor de muebles de casa mohosos, de atmósfera almacenada.

El declive de su esperanza drenó su fe. Se sentó mirando la luz amarilla y zumbante del gas. Pronto caminó hacia la cama y

comenzó a rasgar las sábanas en tiras. Con la hoja de su cuchillo las apretó firmemente en cada hendidura alrededor de las ventanas y la puerta. Cuando todo estuvo bien ajustado y apretado, apagó la luz, volvió a abrir el gas por completo y se acostó agradecido sobre la cama.

•••••

Era la noche de la señora McCool para ir con la lata por cerveza. Así que la trajo y se sentó con la señora Purdy en uno de esos refugios subterráneos donde las amas de llaves se reúnen y el gusano rara vez muere.

—Alquilé mi tercer piso trasero esta noche —dijo la señora Purdy, a través de un fino círculo de espuma—. Un joven lo tomó. Subió a acostarse hace dos horas.

—¿De veras, señora Purdy? —dijo la señora McCool, con intensa admiración—. Es usted una maravilla para alquilar habitaciones de ese tipo. ¿Y le contó, entonces? —concluyó en un susurro ronco, cargado de misterio.

—Las habitaciones —dijo la señora Purdy, en sus tonos más peludos— se amueblan para alquilarlas. No le dije, señora McCool.

—Tiene razón, señora; es alquilando habitaciones que nos mantenemos vivas. Usted tiene el verdadero sentido para los negocios, señora. Hay mucha gente que rechazaría alquilar una habitación si se les dijera que alguien se ha suicidado en la cama.

—Como usted dice, tenemos que ganarnos la vida —comentó la señora Purdy.

—Sí, señora; es verdad. Hace justo una semana hoy que la ayudé a preparar el tercer piso trasero. Una bonita muchacha era para matarse con el gas; tenía una carita dulce, señora Purdy.

—Habría sido llamada hermosa, como usted dice —dijo la señora Purdy, asintiendo pero crítica—, si no fuera por ese lunar que tenía creciendo cerca de su ceja izquierda. Vuelva a llenar su vaso, señora McCool.

1. [La habitación amueblada - O. Henry.](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB